

señorita Forbin para obrar en su nombre, y que esa falta de formalidad hacía inútiles sus pasos.

La desconocida insistió poco, como una persona que ya no necesita del pretexto para disfrazar su intencion, y á quien bastan las primeras razones para desistir de su pensamiento. Lauze de Perret se separó de ella en la puerta de la fonda de la Providencia. Carlota fingió que entraba, pero salió al momento y fué preguntando de calle en calle hasta el Palacio Real.

Entró en el jardín, no como una forastera que quiere satisfacer su curiosidad contemplando los monumentos y paseos públicos, sino como una viajera á quien sólo lleva un asunto á la capital, y que no quiere perder ni un paso ni un día. Buscó en las galerías la tienda de un cuchillero. Entró, escogió un cuchillo-puñal con el mango de ébano, pagó tres francos, lo ocultó bajo su canesú, y con mesurado andar volvió otra vez al jardín, sentándose un momento en uno de los bancos de piedra arrimados á las arcadas.

Allí, aunque sumergida en sus ideas, se distrajo con los juegos de los niños que retozando junto á ella se apoyaban confiadamente sobre sus rodillas. Por sus labios divagó todavía una sonrisa femenil arrancada por aquellos juegos y por aquellos infantiles rostros. Sus indecisiones la oprimian, indecisiones que recaian no sobre la ejecucion de su proyecto, que estaba resuelta á llevar á cabo, sino sobre los medios de ejecutarlo. Quería convertir el asesinato en una inmolacion solemne que infundiese el terror en el alma de los imitadores del tirano. Su primer pensamiento habia sido atacar á Marat y sacrificarle en el Campo de Marte, durante la gran ceremonia de la federacion que debia verificarse el 14 de Julio en conmemoracion de la libertad conquistada; empero el aplazamiento de esta solemnidad hasta el triunfo de la república sobre los partidarios de la Vendée y los insurrectos le robaba el teatro y la víctima. Su segundo pensamiento habia sido hasta el último momento inmolarse á Marat en la misma Montaña, en el centro de la Convencion, á la vista de sus adoradores y de sus cómplices. Su esperanza en este caso era la de ser inmolada en seguida y hecha trizas por el furor del pueblo, sin dejar otros vestigios ni más memoria que dos cadáveres y la tiranía anegada en su sangre. Sepultar su nombre en el olvido y no buscar más recompensa que en su accion misma, no pidiendo su remordimiento ó su celebridad más que á su conciencia, á Dios ó al bien que hubiese verificado, ésta era en suma la única ambicion de su alma. ¿La vergüenza? El recuerdo de su familia se la hacía odiosa. ¿La celebridad? Ni para sí la deseaba. La gloria le parecia un salario humano, indigno de su desinterés, y sólo propio para amortiguar su virtud.

Pero en las entrevistas que tuvo despues de su llegada á Paris con Lauze de Perret y sus huéspedes habia sabido que Marat no se dejaba ver más que en la Convencion. Era, pues, forzoso buscar su víctima en otra parte, y para llegar á ella se necesitaba engañarla.

## VII

Resolvióse á ello. Este fingimiento, que mortificaba la lealtad natural de su alma, que cambiaba el puñal en trama, el valor en ardid, y en asesinato la inmolacion, fué el primer remordimiento de su conciencia y su primer castigo. Distín-

guese un acto criminal de uno heroico, ántes que se consuman aquéllos, por los medios á los cuales se hace forzoso recurrir para verificarlos. Es una necesidad para el crimen el engaño, jamás para la virtud, y es así, porque aquél es la mentira, y ésta la verdad en accion. El uno necesita las tinieblas, el otro la luz. Decidióse Carlota por el engaño, y esto le fué más penoso que el asestar el golpe. Confesólo ella misma. La conciencia es justa ante la posteridad.

Apénas hubo vuelto á su habitacion, escribió á Marat una esquela que entregó á la puerta del *amigo del pueblo*. «Llego de Caen,—le decia.—Vuestro amor por la patria me hace esperar que os enterareis con satisfaccion de los desgraciados acontecimientos de esta parte de la república. Yo me presentaré en vuestra casa hácia la una; tened la bondad de recibirme, y concededme un momento de audiencia. Os presentaré ocasion para prestar un gran servicio á Francia.»

Contando Carlota con el efecto de esta esquela, encontróse á la hora que habia indicado á la puerta de Marat, mas no se la introdujo ante él. Dejó entónces á su portera una segunda esquela, más urgente é insidiosa que la primera. En ésta se apelaba, no solamente al patriotismo, sino tambien á la piedad del *amigo del pueblo*, y le tendia un lazo haciendo gala de la generosidad que en él suponía. «Os he escrito esta mañana, Marat,—le decia.—¿Habeis recibido mi carta? No puedo creerlo, pues encuentro vuestra puerta cerrada. No dudo que mañana me concedereis una entrevista. Os lo repito, vengo de Caen; tengo que revelaros los más importantes secretos para la salvacion de la república. Soy á más perseguida por la causa de la libertad, soy desgraciada, y este título es suficiente para tener derecho á vuestro patriotismo.»

Sin esperar la contestacion, salió Carlota de su cuarto á las siete de la tarde, vestida con más cuidado que ordinariamente, para seducir con una apariencia más decente la vista de las personas que vigilaban á Marat. Sobre su vestido blanco llevaba una pañoleta de seda que cubria sus espaldas, velaba su pecho y se angostaba bajo éste á manera de cinturon, anudándose tras el talle. Encerraba sus cabellos una gorra normanda, cuyas blondas flotantes caian sobre ambas mejillas; una ancha cinta de seda verde sujetaba la gorra alrededor de sus sienas. Su cabellera se desprendia sobre su cuello, y solamente algunos bucles se esparcian sobre sus hombros. Ninguna palidez en el rostro, ningun sobresalto en la mirada ni ninguna emocion en la voz patentizaban en ella la idea que abrigaba. Con tan seductores encantos se presentó á la puerta de Marat.

## VIII

Marat vivia en el primer piso de una casa arruinada de la calle de los Franciscanos, hoy de la Escuela de Medicina, número 18. Su habitacion se componia de una antesala y de un escritorio cuyas luces daban sobre un patio estrecho, de una pequeña pieza adyacente donde estaba su baño, de un dormitorio y de un salon cuyas ventanas recibian la luz de la calle. Esta morada se encontraba casi desamueblada. Las numerosas obras de Marat amontonadas en el suelo, los periódicos, húmedos aún de tinta, esparcidos sobre las sillas y mesas, los operarios de la imprenta entrando y saliendo sin cesar, mujeres empleadas en doblar y compaginar los folletos y los periódicos, los gastados tramos de la escalera, los umbra-



les mal barridos de las puertas, todo atestiguaba ese movimiento y ese desorden que cerca habitualmente á un hombre atareado, y la continua afluencia de ciudadanos á la casa de un periodista y corifeo del pueblo.

Esta habitacion manifestaba, por decirlo así, el orgullo de su indigencia. Al parecer, su dueño, entónces poderoso sobre la nacion, queria hacer exclamar á sus visitantes, ante el aspecto de su miseria y de su trabajo: «Mirad el amigo y modelo del pueblo. No ha cambiado ni de morada, ni de costumbres, ni de traje».

Aquella miseria era el distintivo del tribuno; más aún que afectada, era real. El ajuar de la casa de Marat era el de un humilde artesano. La mujer que gobernaba su casa llamábase en otro tiempo Catalina Evrard; entónces se denominaba Albertina Marat, desde que el *amigo del pueblo* le habia dado su nombre, tomándola por esposa *en un hermoso día y ante la luz del sol*, á imitacion de Juan Jacobo Rousseau. Una sola criada le ayudaba en los cuidados domésticos. Un mozo, llamado Lorenzo Basse, hacía los recados, los quehaceres exteriores, y en sus momentos de ocio se ocupaba en la antesala en los trabajos manuales necesarios para el servicio de folletos y anuncios del *amigo del pueblo*.

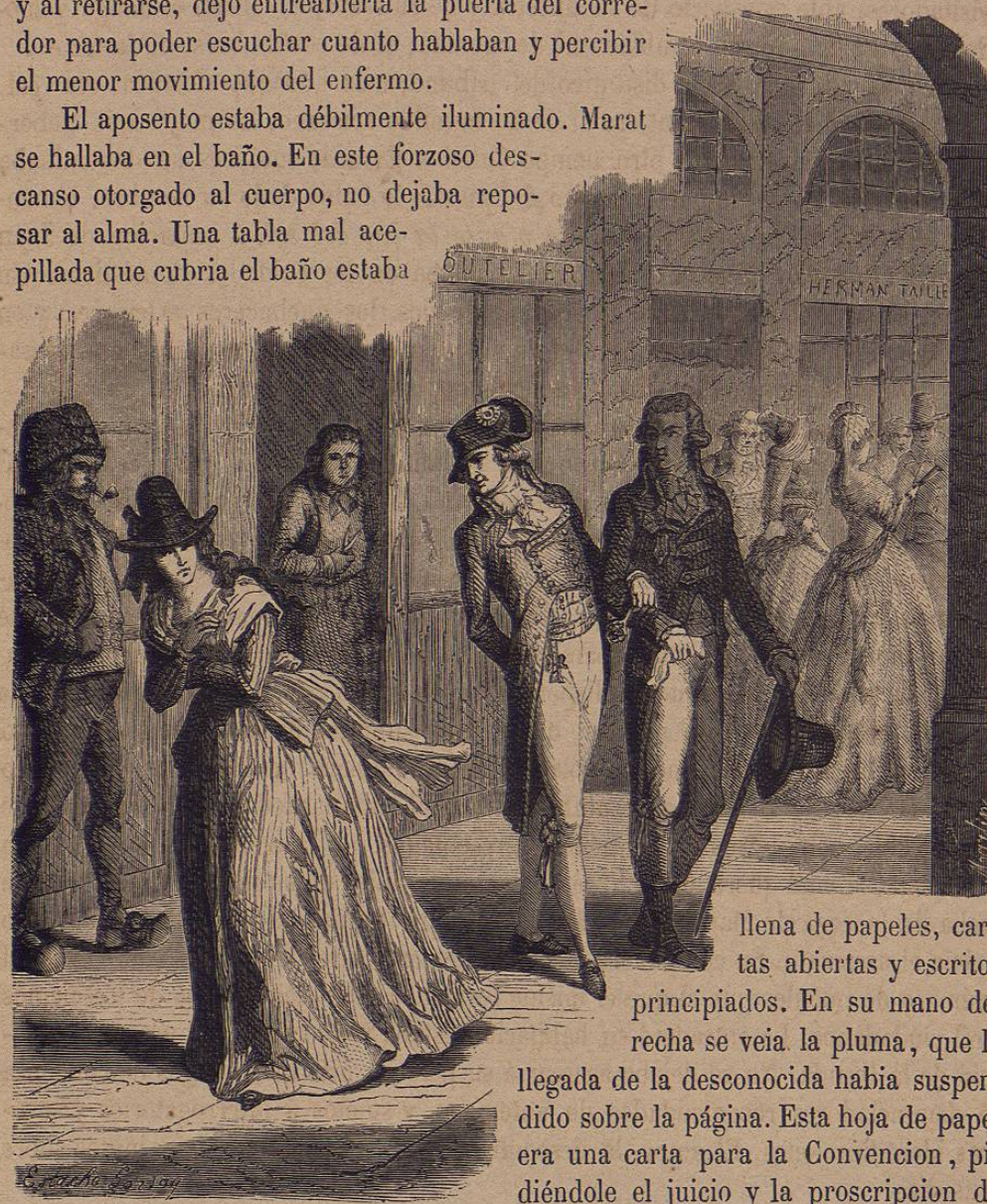
La devorante actividad del escritor no se habia entibiado con la lenta enfermedad que le consumia: la inflamacion de su sangre animaba al parecer su alma. Unas veces desde la cama, otras desde el baño, no cesaba de escribir, de apostrofar, de dirigir invectivas á sus enemigos y de incitar á la Convencion y á los Franciscanos. Ofendido por el silencio con que la Asamblea acogia sus mensajes, acababa de dirigirle una nueva carta en la que amenazaba á la Convencion con hacerse llevar moribundo á la tribuna para avergonzar de su flojedad á los representantes, y dictarles los asesinatos indispensables. Ocupado por el presentimiento de la muerte, temia tan sólo, al parecer, que la hora suprema llegase demasiado pronto y no le otorgase tiempo para inmolar suficiente número de culpables. Más ávido de matar que de vivir, se apresuraba á enviar al tribunal todas las víctimas que le era posible, como otros tantos rehenes presentados por la cuchilla á la revolucion completa, la cual queria dejar libre de enemigos ántes de su muerte. El terror que salia de la casa de Marat, volvía á ella bajo otra forma: la de un temor perpetuo hácia el asesinato. Su compañera y confidentes creian ver levantados sobre él igual número de puñales que el que él mismo levantaba sobre las cabezas de trescientos mil ciudadanos. La entrada á su habitacion estaba vedada como el acceso al palacio de la tiranía. No se dejaba acercar á su persona más que amigos de confianza ó denunciadores recomendados de antemano, y sujetos á interrogatorios y severas identificaciones. El amor, la desconfianza y el fanatismo velaban juntos sobre sus días.

Ignoraba Carlota estos obstáculos, pero los sospechaba. Bajó del coche en la acera opuesta de la calle, frente á la habitacion de Marat. El día principiaba á amortiguarse, particularmente en aquel barrio, al que prestan sombra sus altas casas y estrechas calles. La portera rehusó desde luégo dejar entrar en el patio á la jóven desconocida; mas ésta insistió y ganó algunos tramos de la escalera, llamada en vano por la voz de aquélla. Al ruido, la querida de Marat entreabrió la puerta, y negó la entrada del aposento á la forastera. El sordo altercado producido por estas dos mujeres, una de las cuales suplicaba el permiso de hablar con el *amigo del pueblo*, y la otra se obstinaba en impedirle el paso, llegó á los oídos

de Marat. Dedujo por estas explicaciones entrecortadas que la visitante era la desconocida de quien habia recibido dos esquelas durante el día, y con imperativa y fuerte voz mandó que se la dejase entrar.

Ya fuera por celos ó por desconfianza, Albertina obedeció con repugnancia y gruñendo. Introdujo á la jóven en el reducido aposento donde se encontraba Marat, y al retirarse, dejó entreabierta la puerta del corredor para poder escuchar cuanto hablaban y percibir el menor movimiento del enfermo.

El aposento estaba débilmente iluminado. Marat se hallaba en el baño. En este forzoso descanso otorgado al cuerpo, no dejaba reposar al alma. Una tabla mal acopiada que cubria el baño estaba



Carlota Corday en casa del cuchillero del Palacio Real.  
Pág. 50.

llena de papeles, cartas abiertas y escritos principiados. En su mano derecha se veia la pluma, que la llegada de la desconocida habia suspendido sobre la página. Esta hoja de papel era una carta para la Convencion, pidiéndole el juicio y la proscripcion de los últimos Borbones tolerados en Francia. Junto al baño, un disforme tajo de encina, parecido á un tronco puesto en pié, sostenia un recado de escribir de plomo y de tosquísima labor, manantial impuro de donde habian salido en tres años tantos delirios, tantas denuncias y tanta sangre. Marat, cubierto en su baño con una sábana sucia y manchada de tinta, tenia fuera del agua la cabeza, las espaldas, medio cuerpo y el brazo derecho. Nada habia en la fisonomía de este hombre capaz de enternecer la mirada de una mujer, ni que hiciera vacilar al herir. Cabellos grasientos ceñidos por un sucio pañuelo, frente saliente, ojos atrevidos,



pómulos angulosos, inmensa y fisgona boca, velludo pecho, ceñudas facciones y piel lívida, todo esto se veía reunido en Marat.

Evitó Carlota detener su mirada sobre él, temiendo descubrir el horror que tal aspecto infundía en su alma. En pié, bajos los ojos, las manos caídas, cerca del baño, aguardó que Marat la interrogase sobre la situación de Normandía. Respondió concisamente, dando á sus contestaciones sentido y colorido propio á lisonjear los deseos inherentes al demagogo. Pidióle éste al momento los nombres de los diputados refugiados en Caen. Carlota los nombró. Notólos aquél, y cuando concluyó de escribir los nombres, le dijo con acento propio de un hombre seguro de su venganza: «Está bien; ántes de ocho días irán todos á la guillotina».

A estas palabras, como si el alma de Carlota hubiese esperado un nuevo crimen para resolverse á dar el golpe, sacó de su seno el cuchillo y le hundió con fuerza sobrenatural, hasta el mango, en el corazón de Marat. Carlota retiró con igual movimiento el cuchillo ensangrentado del cuerpo de la víctima, y le dejó caer á sus piés. «¡A mí, mi querida amiga, á mí!»—exclamó Marat, espirando en el acto.

Al angustioso grito de la víctima, Albertina, la criada y Lorenzo Basse se precipitaron en el aposento, recibiendo en sus brazos la moribunda cabeza de Marat. Carlota, inmóvil y como petrificada por su crimen, permanecía en pié tras la cortina de la ventana. La transparencia de la tela, resaltada por los postreros rayos del día, dejaba ver la sombra de su cuerpo. Lorenzo, armándose de una silla, dirigió á la jóven un mal seguro golpe á la cabeza, á cuyo impulso cayó tendida sobre el pavimento. La querida de Marat la holló, pisoteándola á impulsos de su cólera. Al tumulto de la escena, á los gritos de las dos mujeres, los habitantes de la casa acudieron, los vecinos y los transeuntes se detuvieron en la calle, subieron la escalera, inundaron el aposento y el patio, y de allí á poco todo el barrio, pidiendo con encolerizadas vociferaciones la entrega del asesino para vengar sobre el cadáver, aún palpitante, la muerte del ídolo del pueblo. Los soldados de los puestos inmediatos y los guardias nacionales acudieron; el órden venció al tumulto. Los facultativos acuden y se esfuerzan en restañar la herida. El agua enrojecida da al hombre sanguinario la apariencia de espirar en un baño de sangre. Cuando transportaron á Marat á su cama, era un cadáver.

## IX

Carlota se había levantado por sí misma. Dos soldados la sujetaban, cruzados los brazos como si llevase esposas, esperando la llegada de cuerdas para anudar sus manos. La hilera de bayonetas que la cercaban bastaba apénas á contener la multitud, que sin cesar se precipitaba hácia ella para despedazarla. Amenazas, puños levantados, sables, anunciaban mil muertes acumuladas sobre su cabeza. La compañera de Marat, desprendiéndose de las mujeres que la consolaban, lanzábase por intervalos sobre Carlota, cayendo nuevamente en lloros y desmayos. Un franciscano fanático llamado Langlois, peluquero habitante en la calle Dauphine, había recogido el ensangrentado cuchillo, y pronunciaba el panegírico mortuorio sobre el cadáver de la víctima, entrecortando sus lamentos y elogios fúnebres con gestos vengadores, con los cuales parecía hundir igual número de

veces el hierro en el corazón asesino. Carlota, que anticipadamente había aceptado todas esas muertes, contemplaba con fija y petrificada mirada aquel movimiento, aquellos gestos, manos y armas tan de cerca contra ella dirigidos. Tan sólo la conmovían los desgarradores gritos de la compañera de Marat. Su fisonomía parecía expresar ante esta mujer la sorpresa de no haber pensado que semejante hombre podía ser amado, y el sentimiento de haberse visto obligada á herir dos corazones para acabar con uno. Exceptuada la impresión de piedad que los cargos de Albertina prestaban algunos momentos á su boca, no se traslucía alteración ninguna ni en su fisonomía ni en su color. Únicamente, como contestación á las invectivas del orador y á los gemidos del pueblo que lloraba la pérdida de su ídolo, dibujábase en sus labios la amarga sonrisa del desprecio. «¡Infelices!—exclamó una vez.—Pedis mi muerte, cuando deberíais erigirme un altar por haberos libertado de un monstruo. Arrojadme á esa colérica muchedumbre,—dijo nuevamente á los soldados que la protegían;—puesto que lloran, dignos son de ser mis verdugos.»

Esta sonrisa, cual un reto lanzado al fanatismo de la multitud, produjo imprecaciones más furiosas, gestos más amenazadores. El comisario de la sección del Teatro Frances, Guillard, entró escoltado por un refuerzo de bayonetas. Extendió la sumaria verbal del asesinato, y mandó conducir á Carlota al salón de Marat para principiar el interrogatorio. Escribió sus contestaciones, las cuales fueron tranquilas, lúcidas y reflexionadas, acompañadas de firme y sonora voz, no respirando otro sentimiento que el de una satisfacción orgullosa por el acto que había cometido. Ella dictaba sus declaraciones, así como sus elogios. Los administradores de la policía departamental, Louvet y Marion, ceñidos con la banda tricolor, asistían al interrogatorio. Habían noticiado lo sucedido al Consejo de la municipalidad, al comité de salud pública y al de seguridad general. La noticia de la muerte del *amigo del pueblo* se había esparcido, con la rapidez de una conmoción eléctrica, por hombres que corrían desatinados de barrio en barrio. París entero se detuvo como herido de estupor al relato de este atentado. Parecía que la república hubiese temblado, ó que sucesos desconocidos debiesen surgir del asesinato de Marat. Diputados pálidos, estremecidos de horror, entraron en la Convención é interrumpieron la sesión, sembrando los primeros rumores del acontecimiento en la Asamblea. Resistieron á creerlo, como se resiste á creer un sacrilegio. El comandante general de la guardia nacional, Henriot, llegó prontamente á confirmar la nueva. «Sí, temblad todos,—dijo:—Marat ha muerto asesinado por una jóven que tiene á gloria el haber dado tal golpe. Redoblad la vigilancia sobre vuestras vidas. Iguales peligros nos cercan á todos. Desconfiad de las cintas verdes, y juremos vengar la muerte de aquel grande hombre.»

Los diputados Maure, Chabot, Drouet y Legendre, individuos de los comités de gobierno, abandonaron al momento el salón para correr al teatro del crimen. En él encontraron á la multitud engrosándose continuamente, y á Carlota contestando á los primeros interrogatorios. Quedaron confusos y mudos á la vista de tanta juventud, de tan bello rostro y de palabras que tanta calma y resolución respiraban. Jamás el crimen se había presentado ante el espíritu del hombre bajo semejante aspecto. Ella le desvirtuaba de tal suerte ante sus ojos, que aún junto al cadáver sintieron compasión para el asesino.



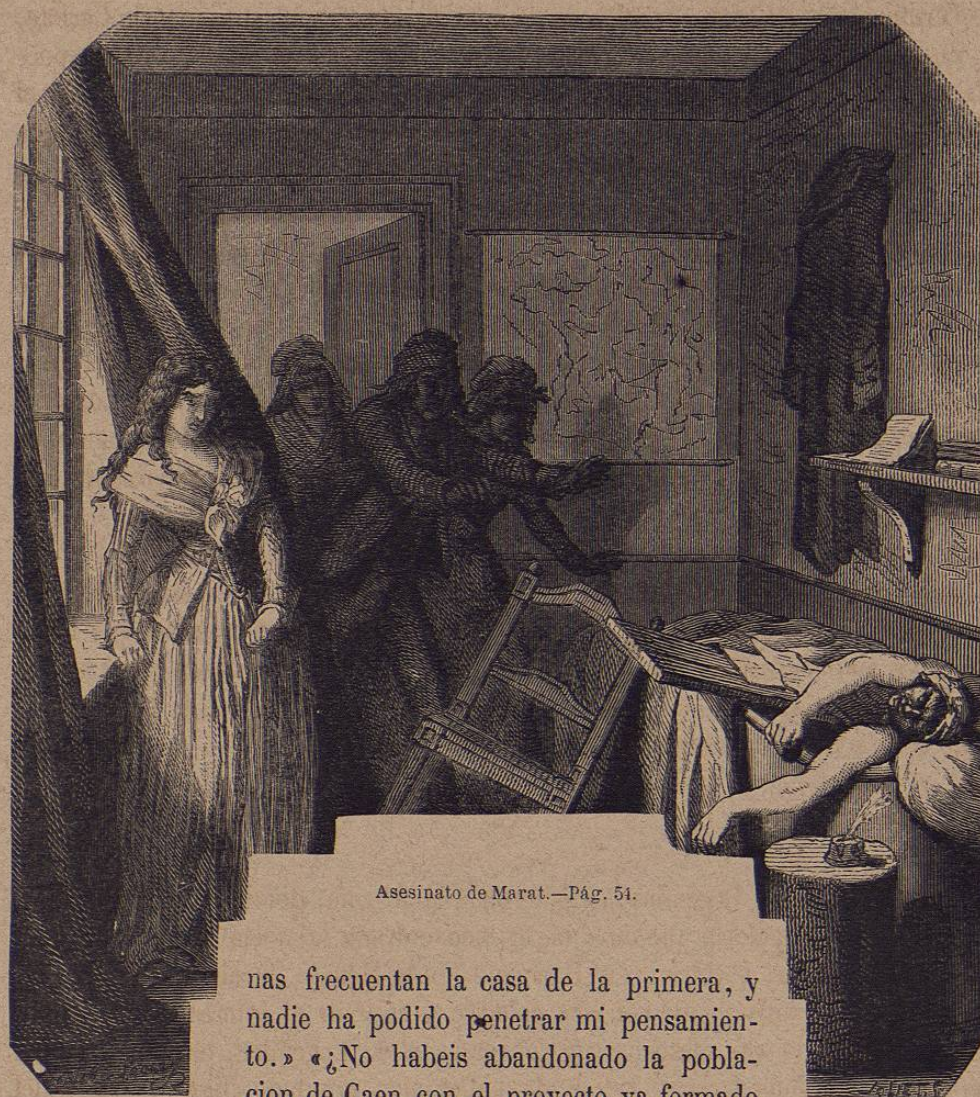
Terminada la sumaria verbal y escritas las primeras contestaciones de Carlota, los diputados Chabot, Drouet, Legendre y Maure ordenaron que fuese transportada á la Abadía, prision la más inmediata á la casa de Marat. Mandóse acercar el mismo carruaje de alquiler que la había conducido. La multitud llenaba la calle de los Franciscanos. Su sordo rumor, interrumpido por vociferaciones y accesos de furor, anunciaba la venganza y hacía la traslación difícil. Los destacamentos de fusileros sucesivamente llegados, la banda de los comisarios y el respeto hácia los miembros de la Convención, contrarrestaron y contuvieron la multitud. El cortejo se abrió paso á duras penas. En el momento en que Carlota, con los brazos atados con cuerdas y sostenida por las manos de dos guardias nacionales que la cogian por los codos, salvó el umbral de la casa para ganar el estribo del carruaje, el pueblo se arremolinó alrededor de las ruedas con amenazas y aullidos tales, que creyendo Carlota sentir sus miembros despedazados por aquellos millares de manos, se desmayó.

Al volver en sí, se admiró y afligió de respirar aún. Aquella muerte era la que se había imaginado. Sobre su suplicio la había arrojado la naturaleza el velo del desmayo. Sufria por no haber desaparecido enteramente la tempestad que había originado, sintiendo tener que entregar su nombre á la tierra ántes que á la otra muerte; mas á pesar de todo, daba gracias con emocion á los que la habían protegido contra las mutilaciones de la multitud.

## X

Chabot, Drouet y Legendre la siguieron á la Abadía, donde le hicieron sufrir un segundo interrogatorio que duró hasta bien entrada la noche. Algunos individuos de los comités, y entre otros Harmand (de la Meuse), atraídos por la curiosidad, se habían introducido con sus colegas, y asistían al interrogatorio, á menudo interrumpido con descansos y conversaciones. Legendre, orgulloso de su importancia revolucionaria, y celoso de haber sido reputado digno también del martirio de los patriotas, creyó ó fingió creer que reconocía en Carlota una jóven que había ido á su casa la víspera, bajo el traje de religiosa, y que él había rechazado. «El ciudadano Legendre se engaña,—dijo Carlota con una sonrisa que desconcertó el orgullo del diputado;—jamás le he visto. No creo tan importante para la salvación de la república la vida ó la muerte de semejante sujeto.»

La registraron. Encontróse sólo en este momento en sus bolsillos la llave de su baul, su dedal de plata, un ovillo de hilo y otros instrumentos propios de las labores de aguja, tan cerca no há mucho del puñal de Bruto; doscientos francos en asignados y metálico, un reloj de oro construido por un relojero de Caen, y su pasaporte. Bajo su pañoleta ocultaba aún el estuche del cuchillo con que había herido á Marat. «¿Reconocéis este cuchillo?»—le preguntaron. «Sí.» «¿Qué os ha inducido á tal crimen?» «He visto—contestó—la guerra civil pronta á destrozar á Francia, y convencida de que Marat era la causa de los peligros y calamidades de mi patria, he hecho el sacrificio de mi vida por la suya para salvar á mi país.» «Nombradnos los sujetos que os han aconsejado ese execrable crimen, que no podíais concebir sola.» «Nadie ha conocido mi intento. He engañado respecto al objeto de mi viaje á la tía con quien vivía, he engañado á mi padre. Pocas perso-



Asesinato de Marat.—Pág. 51.

nas frecuentan la casa de la primera, y nadie ha podido penetrar mi pensamiento.» «¿No habeis abandonado la población de Caen con el proyecto ya formado de asesinar á Marat?» «Tal fué el móvil de mi venida.» «¿Adónde habeis ido á buscar el arma? ¿Qué personas habeis visitado en Paris? ¿Qué habeis hecho desde el juéves, día en que llegásteis aquí?» A estas preguntas relató con literal sinceridad todas las circunstancias ya conocidas de su permanencia en Paris y de su acción. «Después del asesinato, ¿no habeis procurado huir?» «Me hubiese evadido por la puerta, á no impedírmelo.» «Sois soltera. ¿Habeis tal vez amado á algun hombre?» «Jamás.»

Estas respuestas exactas, altivas, y de vez en cuándo desdeñosas, soltadas con una voz cuyo timbre recordaba la infancia anunciando viriles pensamientos, hicieron reflexionar muchas veces á los demandantes sobre el poder de un fanatismo que se apoderaba y que vigorizaba un brazo tan débil. Siempre les alentaba la esperanza de descubrir un instigador tras este candor y tras esta belleza, pero tan sólo entrevieron la magnanimidad de un corazón intrépido.

Terminado el interrogatorio, Chabot se mostraba descontento, y su mirada devoraba los cabellos, la cara, el talle, el todo de la jóven que se hallaba atada ante sí. Creyó entrever un plegado papel sujeto á su seno por un alfiler. Al momento alargó el brazo para apoderarse de lo que creía cuerpo del delito. Carlota